

Un carisma hecho cultura

Sin ninguna duda que mientras los autores de este número de Testimonio escribían, con frecuencia se habrán cruzado repetidamente por su mente y por su corazón palabras y realidades como cultura, carisma y vida consagrada. Su tarea ha consistido en entenderlas y valorarlas bien, juntarlas e interrelacionarlas, compartirlas con otros y con ellos recrearlas. Por ello, insistentemente nos invitan con sus aportes a vivir su propuesta con pasión y radicalidad. Esta tarea es urgente para la vida consagrada.

Precisemos de entrada que un carisma es un don del Espíritu a la Iglesia para el mundo; una cultura, un conjunto complejo que abarca conocimientos, creencias, arte, derecho, moral, costumbres y competencias que el ser humano ejerce en cuanto miembro de la sociedad s. XXI. Una cultura concreta como la de una Congregación es un río pequeño que fecunda todos los campos por donde pasa.

Evocando una conocida canción chilena, sabemos que “dos puntas tiene el camino y en las dos alguien me aguarda”. La una es un carisma y la otra, una cultura. El que aguarda es el religioso de carne y hueso, joven o anciano, hombre o mujer. Aguarda caminando o mejor aún, peregrinando para conseguir que el carisma que ha recibido lo encarne en la cultura; y la cultura en la que está reciba inspiración, desafíos, valores y propuestas del carisma. Llena el horizonte de nuestras vidas y así descubre cómo este carisma se ha hecho cultura, y al tener que describir cómo es una cultura que nació y sigue naciendo de un carisma se suscita mucha vida y profecía.

De cultura hablaremos en diálogo y contraste con la postmodernidad y, sobre todo, con el joven religioso que cuida a unos enfermos, inicia en la fe a un nuevo creyente, estudia filosofía o hace su contribución en un colegio religioso donde enseña para educar y educa para servir. Con nuestros Fundadores y Fundadoras comenzó una corriente de experiencia religiosa, cristiana y humana y de auténtica cultura que tiene su origen en una voz venida de lo alto, del Espíritu, carismática e institucional, espiritual y cul-

tural. La realidad y el esfuerzo de interculturalidad contribuye, como se advierte en varios de los artículos, al enriquecimiento de la cultura personal o grupal y de la misma vida consagrada.

La gran intuición de este número de Testimonio la encontramos en el título del mismo. Nace de un parangonar con mucha libertad un texto célebre de Juan Pablo II: “Una espiritualidad que no se convierte en cultura es fruto de una fe no madura y poco fecunda. No será acogida plenamente ni vivida intensamente”. Una cultura que no integra una espiritualidad deja a quienes en ella o de ella viven sin alma, sin pasión y sana tensión. La espiritualidad forma parte, como elemento constitutivo, de todo lo que es religioso. También de su cultura.

De ésta vienen mensajes que han servido y siguen sirviendo de paradigma para configurar la existencia de quienes buscan uno. Ella nos urge a que asumamos, como timón y faro, una serie de valores concebidos para proporcionar profundidad, sentido y fecundidad a los que esto buscan. Por ella descubrimos que el encuentro con la cultura es algo que tiene que tocar la vida cotidiana. Un carisma se empobrece mucho cuando este encuentro no se da. Se tiene que producir en la formación y la misión, en la vivencia de la espiritualidad y la vida comunitaria.

Vivir sin hablar es mejor que hablar sin vivir. Poner de acuerdo palabra y vida es un buen desafío, el que ha acompañado a los autores de estas reflexiones. En ellas, de vida se habla. Se intenta contarla y ese “cuento” bien conseguido es la cultura de una congregación religiosa hecha propuesta de vida. El secreto está en poner en esta narración creatividad, aunque no siempre se logra, y no ahogar nuestro espíritu a base de rutina. Sólo así somos capaces de pasar por la vida con los ojos y el corazón bien abiertos y de expandir los aspectos humanos y divinos del carisma religioso y verlo transformarse en valiosas expresiones culturales.

Para estar cómodo en este tiempo plural y no ponerse nerviosos hay que ser alguien y algo; una forma de ser es, por supuesto, ser religioso. “Religioso” para uno tiene que ser sustantivo. Es verdad que en nuestros días podemos configurar la visión del mundo a la carta. Pero no puede faltar quien, con juicio sano, nos ayude a hacer bien la elección del menú. Una de las conquistas fundamentales del siglo XXI consiste en lo siguiente: el derecho de cada cual a ser uno mismo. Un derecho, por lo demás, que ejercemos poco.

Sin ninguna duda que un religioso tiene que saber enfrentarse con los temas esenciales de la realidad y de la cultura. No debe dejarlos de lado. De hecho, una cultura concreta es un pequeño río de experiencias que fecunda todos los campos por donde pasa. A su vez, el religioso tiene que marcar con su carisma las diferentes expresiones culturales.

Sobre estos temas no conviene fingir certezas que no tenemos. Hablar de cultura no es tema fácil; como tampoco lo es hacerlo de un carisma. A veces se da la impresión de que se interrumpe el discurso en los puntos decisivos. Decisivo es que un carisma se haga fecundo inculturizándose; decisivo es que una cultura entre en el maravilloso y creativo horizonte que puede ofrecer un carisma. El tema debería resultar fascinante para los religiosos. Lo es ya hablar de la cultura.

En el fondo se ha pretendido –arriesgando una metáfora– “bailar” con este tema tan fundamental, convencidos que ello supone convertir el esfuerzo en gracia. El bailarín trabaja, transpira en la barra, se ejercita y todo ello para conseguir agilidad y sin que se note el esfuerzo. Gracia, valentía, movimiento, belleza, es algo de lo que se quiere poner con el carisma y la cultura en la vida de un Instituto religioso. Así se llega a la bondad, lo más valioso entre lo valioso. Así se construye el Reino que lo es todo. Así como lo primero que le interesó a Jesús fue el reino, debería ser también lo primero que le interese al religioso, y para eso hay que hablar de una pequeña expresión de ese reino: la cultura del religioso.

De estos intereses y preocupaciones y de esta trayectoria han nacido estos artículos y experiencias. Sus contenidos son inspiradores y elocuentes. En ellos se destaca la necesidad sentida hoy por muchos y muchas de multiplicar los nutrientes que necesitamos para recrear, alimentar y cultivar la cultura de un Instituto religioso arraigada en la experiencia, fortalecida en la práctica del discernimiento cultural y revitalizarla al ponerla en red para la misión. A ella se han acercado los autores con una doble mirada: la de un pasado bastante fecundo y la de un futuro prometedor, pero todavía poco claro y preciso.

Por supuesto todo este número de Testimonio nos coloca ante una alternativa: revitalizar y transmitir la cultura del propio Instituto religioso en el contexto cultural de nuestros días.

JOSÉ MARÍA ARNAIZ, SM
Director